

ELOGIO DE DON ALONSO TOSTADO



*Don Joseph de Viera y Clavijo
e Freddiano de Puertaventura*

Philosophus, Rhetor, Pater, not. alior. mag.
Res animae, sensus, mente, corpore, etc.

José de Viera y Clavijo

ELOGIO DE DON ALONSO TOSTADO,
Obispo de Ávila

Prefacio de Andrés Sánchez Robayna

Edición y estudio de
Antonio López Fonseca y José Manuel Ruiz Vila

2019

INSTITUTO JUAN ANDRÉS
de Comparatística y Globalización

© Estudio: A. López Fonseca y J.M. Ruiz Vila; Prefacio: A. Sánchez Robayna
INSTITUTO JUAN ANDRÉS de Comparatística y Globalización
Madrid.
<http://www.humanismoeuropa.org>

ISBN: 978-84-120587-5-8
Depósito Legal: M-29223-2019

Diseño de cubierta: Alba Mª Rueda Fernández

Este libro se enmarca en el Proyecto de Investigación “Práctica literaria y mitológica en el s. xv en Castilla. *Comento a Eusebio y Breuiloquio* del Tostado: edición crítica del texto latino y castellano” (FFI2016-75143-P) y ha sido subvencionado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Economía y Competitividad

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular salvo excepción prevista por la ley.

Sumario

Prefacio, por Andrés Sánchez Robayna	9
Estudio	
1. El ilustrado canario Viera y Clavijo (1731-1813)	15
2. La Real Academia Española, los certámenes literarios y Viera y Clavijo	22
3. Del Humanismo a la Ilustración: El Tostado en el siglo XVIII	30
4. El género del elogio en la Ilustración: <i>Elogio de Don Alonso Tostado, obispo de Ávila</i> y su repercusión	56
5. Bibliografía fundamental de El Tostado	66
Nota a la edición	71
JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO	
<i>ELOGIO DE DON ALONSO TOSTADO,</i> <i>Obispo de Ávila</i>	75
Notas textuales: Variantes	101
Reproducción facsimilar	103
Iconografía de El Tostado	145

PREFACIO

Asombra el hecho de que la obra José de Viera y Clavijo (1731-1813) solo haya tenido una justa atención crítica en fechas relativamente recientes. Bien es verdad que su caso no resulta ni mucho menos único entre los ilustrados españoles, pero en cierto modo se diría que en Viera tal situación se entiende aún menos, puesto que su obra como historiador no sólo mereció en su día el interés del público lector y de algunos investigadores que supieron advertir la singularidad y el alcance de sus ideas, sino que ha podido contar con diferentes ediciones de sus *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, desde la primera impresión de sus cuatro tomos entre 1772 y 1783. Cuando hablo de *atención* a la obra de Viera me refiero al conjunto de su producción, a su realidad entera de escritor, más allá de la fortuna de tal o cual libro, una fortuna que más tarde, después de la *Historia de Canarias*, empezó a alcanzar igualmente otra de sus obras mayores, el espléndido *Diccionario de historia natural de las Islas Canarias*. Pero se trata de una producción muy amplia, que va desde la historia general hasta la traducción poética, pasando por el vasto repertorio de géneros muy diversos con el que el siglo XVIII identificaba la noción de «literatura», es decir, cualquier obra escrita, por mucho que esa noción conociese ya en los dos últimos decenios de la centuria, lo sabemos, un significado más próximo al actual. No puede menos que sorprendernos, con la mentalidad de hoy, el que un escritor —y Viera fue esencialmente eso: un escritor— pueda poseer una versatilidad tal que le permita ser tanto un pionero en el lanzamiento de globos aerostáticos (cantados en la sección sexta de su poema *Los aires fijos*) como uno de los iniciadores de la literatura infantil en lengua española (*Cuentos de niños que instruyen divirtiendo*), según ha demostrado hace poco un perspicaz estudio de Jesús Díaz Armas y Patricia Mauclair.

Se han dado pasos significativos, sin duda, en el estudio de la obra de Viera en estos dos últimos decenios. Hay que reconocer que el inicio de esta nueva situación fue el libro de Victoria

Galván González, *La obra literaria de José de Viera y Clavijo* (Las Palmas de Gran Canaria, 1999), que venía tanto a acopiar los mejores frutos de las investigaciones anteriores como a proponer la necesidad de nuevos enfoques y líneas de trabajo. Pero el mérito principal de Victoria Galván no fue otro que el de abordar la producción de Viera con un sentido abarcador, y era la primera vez que ello se hacía. Es verdad que la autora no pudo analizar todas las obras con la misma profundidad, pero ello se debía ante todo al hecho de que era preciso sintetizar, en muchos casos, y también a que la obra de Viera no es precisamente escasa. Se proponía Galván González «ofrecer una visión de conjunto de la obra de Viera que contemple los diferentes aspectos que le preocuparon como escritor», pero insistiendo desde el primer momento en la «ausencia de referencias críticas de muchos de los trabajos» del escritor. Este era, ciertamente, el obstáculo mayor. Cada uno de los textos del polígrafo canario pedía un análisis particular, pero antes era necesario poseer una visión lo más amplia y abarcadora posible de su trabajo literario. A partir de ahí sería ya viable pormenorizar en el estudio de las obras menos favorecidas por la investigación y por la crítica. Se trataba ante todo de dibujar el perfil ideológico y literario de un escritor «notable en primer lugar por las calidades sobresalientes de su prosa», para decirlo con Alejandro Cioranescu, a quien se debe, como es sabido, una importante tarea crítica sobre la obra del ilustrado insular, y cuyos estudios siguen siendo de obligada consulta.

Para Cioranescu, Viera es una especie de «alianza» de Montaigne con Descartes, esto es, de curioso pacto entre la incertidumbre o duda, de una parte, y un firme racionalismo, de otra (sin olvidar, por supuesto, que la duda metódica era el eje mismo del pensamiento cartesiano). «Este escepticismo —escribe— frente a las verdades adquiridas, íntimamente mezclado con la fe ciega en las verdades personalmente comprobadas por el método silogístico, son la principal característica de Viera, en todo cuanto informa su verdadera y definitiva personalidad; pero con la cualidad paradójica —concluía el gran comparatista rumano— de que «es precisa y curiosamente en el raciocinio

donde Viera deja de ser frío». Si esa era la base sobre la que Viera sustentaba su «filosofía de la historia», según Cioranescu, en la *Historia de Canarias* —y también, añadiríamos nosotros, su «filosofía de la naturaleza» en el *Diccionario de historia natural...*—, quedaba pendiente de examen un número considerable de piezas de menor envergadura que permitiera contemplar con cierta perspectiva el soberbio edificio de la «literatura» de Viera y examinar si esa característica señalada por Cioranescu se extendía igualmente al resto de la producción del ilustrado canario; y, sobre todo, verificar si también aquí se daban sus «calidades sobresalientes» como escritor.

Elogio de Don Alonso Tostado es una de esas piezas breves de Viera que habían pasado prácticamente inadvertidas para sus estudiosos. Escrito a raíz de un certamen convocado por la Real Academia Española, y premiado y editado en 1782, el texto se ajusta a lo que se pedía, es decir, no un estudio de la personalidad y de la obra de Alonso Fernández de Madrigal, «el Tostado», sino una suerte de retrato espiritual e intelectual que pudiese servir de referencia para el presente o, seamos más exactos, para la juventud estudiosa del presente. Viera no se propone en ningún momento, en efecto, un acercamiento a las ideas del prelado abulense, sino dibujar el perfil de una personalidad que podía servir de referencia por su capacidad de trabajo, su dedicación, su entrega absoluta: un hombre «capaz de componer y escribir cada día tres pliegos enteros, o quizá más bien cinco pliegos, porque en su niñez y primera juventud seguramente no fue autor», lo que dio lugar a «veintisiete volúmenes en folio» acerca de los más variados temas. «¿Quién escribió más que el Tostado?», pregunta con asombro. Después de confesar, en una clara *captatio benevolentiae*, que sus méritos son escasos para llevar a cabo el panegírico («un grande ingenio no puede ser evaluado sino por otro grande ingenio»), Viera deja bien a la vista su intención más profunda, que no es otra que la de mostrar que Alonso Fernández de Madrigal viene a ser, por la amplitud de sus intereses y curiosidades intelectuales, por su amor al prójimo, por su designio de ser útil y por su incomparablemente productiva entrega al conocimiento, un enciclopedista *avant la*

lettre, de quien mucho cabía aprender en la centuria ilustrada; pero, más que de los contenidos y las «ciencias» de «aquel siglo de tinieblas», era de los valores intelectuales y morales del Tostado de lo que debía «este siglo de luces» sacar oportuno y decidido provecho.

La etopeya realizada por Viera en este *Elogio* tiene como eje, así pues, subrayar que el Tostado había sido –para decirlo con sus propias palabras– una suerte de «enciclopedia viva de aquellos tiempos», los tiempos que le tocó vivir. Se trataba, simultáneamente, de subrayar con no menos claridad lo que la Ilustración significaba desde el punto de vista del saber, y muy en especial desde el ángulo de los «nuevos descubrimientos» y «grandes progresos». El Tostado «no alcanzó las nociones sublimes» de los grandes avances científicos en la historia natural, las matemáticas, la física, la geometría, el álgebra, pero «supo ... todo cuanto en los tiempos pasados se había sabido y todo cuanto se había olvidado ya en el suyo». El *Elogio* de Viera, por tanto, era doble: a la figura intelectual del Tostado, sí, pero también –y sobre todo– a los valores de la Ilustración. Al hacerse superior a su siglo, el Tostado «preparó la aurora para la superioridad del nuestro», asegura Viera con rotundidad. Alonso Fernández de Madrigal había sido, así pues, un predecesor.

La «edad de la razón» justificaba de esa manera el panegírico a una personalidad de la «infancia de la literatura», esto es, del conocimiento, del saber escrito y experimentable. Vuelve Viera a insistir en el asunto de la razón –la palabra clave del Siglo de las Luces– al aludir a un episodio de la vida del Tostado como fue su polémica («duelo científico») con Torquemada en el Concilio de Basilea: «el Tostado, como un sabio maestro, combatía por la razón para que ella [la Iglesia] triunfase». El arcediano canario insiste sobre ello una vez más al hablar de aquellos viejos tiempos en los que «unas razones tan oscuras como pueriles y sofísticas ... viciaban la Física, estragaban la Elocuencia y degradaban la razón...». La insistencia en este punto debe tenerse muy en cuenta. La razón, la ciencia, se encuentra igualmente en el cierre del texto, con un elogio a la propia Real

Academia Española que convocó el certamen, pues esta, y también otras academias y sociedades del «siglo de luces», asegura Viera, «trabajan cuanto está de su parte en mantener el decoro de las buenas letras y los conocimientos científicos». Se diría que, bajo la capa del elogio a una insigne figura del pasado, al autor de este panegírico le interesa exaltar el espíritu de la Ilustración y sus valores.

Elogio de don Alonso Tostado puede considerarse, dentro de la brevedad impuesta por los límites del género «elogio», una defensa de la racionalidad ilustrada con la que Viera se identifica plenamente, casi un pretexto para ensalzar, a través de una personalidad interpuesta, el espíritu racionalista, sin olvidar por ello las virtudes teológicas y el corazón hondamente cristiano del homenajeado, así como su importancia dentro del viejo humanismo castellano. La «justa y clara mente» de Viera y Clavijo –dicho sea con palabras de Juan Andrés en su breve *La literatura española del siglo XVIII*– no dejaba pasar esta nueva ocasión para expresar sus convicciones críticas, y para hacerlo en una prosa cuya limpidez y tersura reconocemos siempre como uno de sus principales méritos.

El presente rescate de *Elogio de Don Alonso Tostado* por obra del Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización resulta particularmente oportuno en un momento en el que volvemos la mirada a las fases anteriores al Renacimiento y a las bases del humanismo castellano, de las cuales Alonso Fernández de Madrigal es una figura decisiva. El trabajo de Antonio López Fonseca y José Manuel Ruiz Vila en la presente edición, al resaltar la alta estima de un ilustrado hacia un autor del siglo XV hoy escasamente valorado, encierra una significación muy especial, pues nos está diciendo de manera explícita que la Ilustración española no solo carecía de los prejuicios con los que hoy observamos los siglos XIII, XIV y XV desde el punto de vista de la tradición clásica en España, sino también el hecho de que –muy al contrario– era bien consciente de su importancia cultural.

De modo implícito –nótese bien– se nos está diciendo asimismo, por otra parte, que nuestra mirada crítica debe modificar de manera sustancial tanto su interpretación del humanismo en la baja Edad Media castellana como nuestra interpretación del siglo XVIII, porque se trata en ambos casos de períodos mucho más ricos de lo que pensábamos. La investigación sobre el humanismo en la Castilla del siglo XV debe tener como uno de los objetos de estudio principales la obra de Fernández de Madrigal, personalidad decisiva del círculo del marqués de Santillana y uno de los padres del humanismo castellano. Un doble objetivo, así pues, cumple la edición realizada por López Fonseca y Ruiz Vila que el lector tiene ahora entre sus manos: recordarnos la importancia del Tostado en las raíces de la tradición clásica en España pero también, paralelamente, la lucidez con la que una relevante personalidad de la Ilustración española vio en aquél a un claro predecesor.

Andrés Sánchez Robayna